EQUIPO DE LIMPIEZA

ROSANA ROMÁN



MANIAC

EQUIPO DE LIMPIEZA

Primera edición Maniac Ediciones: 2024

© del texto: Rosana Román 2024

© del diseño y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

www.maniacediciones.com

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-128440-9-2

Depósito legal: DL SG 177-2024

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a hola@maniacediciones.com si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.



Capítulo 1

Nada de lo que puedan decirle cambiará la decisión de lo que ha planificado al detalle. Un homicidio es un acto improvisado; un asesinato, no. Mucho menos el que va a cometer ese día.

Julia ha pasado la mañana recogiendo la casa. Ha comido poco, casi nada. Se prepara un café bien cargado y mira el reloj: las tres.

Se ha obligado a permanecer en el piso para evitar imprevistos a pesar de que el silencio ocupa tanto espacio que quebranta su ánimo. Lleva más de un año en él, pero la vivienda tiene pocos muebles y aún le queda una habitación repleta de cajas que no ha tenido ánimos de desembalar.

Con la taza en la mano se acerca a la habitación que le sirve de despacho. Echa una última mirada al tablero de corcho que cubre una parte importante de la pared. En él están expuestas algunas fotos, dibujos de planos y horarios de seguimiento. Todo el panel está lleno. La composición revela un trabajo exhaustivo. Las fotos son del mismo hombre en diferentes momentos, en unas viste ropa *sport*, en otras se le ve en chándal haciendo deporte y en alguna lleva un uniforme donde se aprecia el logo de una gasolinera. Debe de tener unos cuarenta años, algunos más que ella.

Termina el café de un trago, deja la taza sobre la mesa, comienza a vaciar el corcho, enciende la trituradora de documentos y pasa por ella los papeles y las fotos sin excepción. El panel se queda limpio y las chinchetas de colores, clavadas de manera ordenada en la parte superior, a la espera de volver a ser utilizadas. Vuelca el contenido de la maquina en la basura, cierra la bolsa y la pone en la puerta de entrada para no olvidarla.

En el dormitorio, tiene dispuesta sobre la cama la ropa que va a ponerse. Se viste lentamente. Ha escogido una indumentaria básica para pasar desapercibida: pantalón vaquero, camiseta blanca y, sobre ella, una cazadora de piel negra. Se recoge el cabello largo y castaño bajo una peluca morena de media melena y acaba de colocársela mirándose en el espejo de la cómoda. Luego, abre el segundo cajón y saca una Glock a la que le enrosca el silenciador, la guarda en una bolsa de tela de lona negra acolchada y se la cuelga cruzada al hombro. Del mismo cajón, saca un teléfono prepago que no puede ser rastreado y guarda allí su móvil encendido.

Antes de salir acaricia el marco de la foto que hay sobre la mesita de noche. En ella, un niño y una niña sonríen a la cámara. Si cierra los ojos, todavía puede oír sus risas, pero no quiere distraer su concentración. Hay mucho en juego.

A las cuatro menos cuarto da un último repaso con la mirada y revisa que el gas esté apagado, como si se fuera de viaje. Por si no vuelve. Ya en la calle, se dirige hacia la estación de metro Jaume I. De camino, lanza la basura a un contenedor y acelera el paso.

Cuando entra en el vagón se queda de pie cerca de la puerta, con la bolsa donde lleva la pistola pegada al panel. Por el altavoz del convoy informan que hay avería en la línea 2 y los trenes circulan con demora. Esas son las cosas que teme, las que no se pueden prever, sobre todo cuando hay que hacer trasbordo; el tiempo está calculado al milímetro y tres segundos pueden cambiar el desenlace.

Le parece que todos la miran, pero se dice que es fruto de su imaginación, observa y ve que la mayoría tienen los ojos fijos en sus móviles, como



autómatas. El trayecto se le está haciendo interminable, a pesar de que ha hecho varias veces el recorrido y tiene cronometrado el tiempo. Por fin baja en la estación de Gavarra y, al salir a la calle, una ventolera le alborota el cabello; se lo recompone ajustándose la peluca y peinándola con los dedos antes de cruzar.

Camina despacio. Es una mala hora, los niños han salido de los colegios y hay mucha afluencia de gente en la calle, pero confía en que, precisamente por eso, nadie repare en ella.

En cuanto a las cámaras de seguridad que pudieran reconocerla, está tranquila, ya ha hecho los reconocimientos pertinentes y no hay ninguna a lo largo del corto trayecto. Los dos únicos riesgos de la zona, una oficina de La Caixa y la Tesorería de la Seguridad Social que había en la esquina, están cerrados hace tiempo; la crisis de la pandemia y los recortes se los han llevado por delante.

Se dirige a los bloques de pisos que están calle abajo y gira la primera a la derecha. Junto al número cinco hay una floristería. El olor a flor fresca recién cortada le recuerda demasiado los funerales y los cementerios. Pero esta vez se obliga a entretenerse, lo justo para que el hombre al que espera la alcance y ella finja coincidir con él en la entrada a la escalera. Mete la mano en la bolsa como si buscara las llaves, pero él, que las lleva en la mano, se adelanta y, amablemente, después de abrir, le cede el paso y entran uno detrás del otro.

Una rápida mirada al vestíbulo le señala a Julia el campo libre, aguza el oído y solo oye el ruido del motor del ascensor acercándose a ellos. Aunque ha visto como él lo llamaba, ha de actuar rápido antes de que se abran las puertas por si hubiese alguien en el interior. Sin titubeos, saca la pistola y, ante la sorpresa del tipo que no tiene tiempo para reaccionar, le dispara en el pecho, justo en el logo bordado de la empresa. Una vez en el suelo, lo remata con otro tiro en la cabeza.

El hombre ha quedado en una posición extraña, boca arriba. Su mirada todavía conserva la expresión viva de desconcierto, tanto que, por un

momento, a Julia le parece que sigue con vida. Necesita unos segundos para comprobar que no se mueve y observar esa quietud que solo puede mostrar un muerto. Mientras un charco de sangre empieza a rodear el cuerpo, guarda el arma y sale del edificio al tiempo que el timbre del ascensor anuncia su llegada.

Deshace sus pasos hacia el metro caminando con normalidad. Siente que le perturba más el aroma de la tienda de flores que la vida que acaba de arrebatar. Refrena sus impulsos de salir corriendo y mirar atrás, pero, al llegar al metro, baja las escaleras con rapidez y entra en el andén justo cuando el tren se está marchando. Se sienta para recuperar el control, le arden las mejillas. Los cuatro minutos entre tren y tren se le hacen eternos. Se esfuerza por no mirar a ninguna parte y aparentar normalidad. Respira hondo cuando oye acercarse el convoy.

Cincuenta minutos después de haber disparado a aquel desconocido llega al gimnasio, saluda a la recepcionista y entra en el vestuario para cambiarse. Guarda la bolsa en la taquilla y se dirige a la sala donde acaba de empezar la clase de *body combat.*



Capítulo 2

La comisaría de los *Mossos d'esquadra* de Les Corts es una ACD, Área de Custodia a Detenidos, donde se centralizan las detenciones que se realizan en la ciudad de Barcelona. En esos momentos está a pleno rendimiento, es hora punta y los teléfonos no paran de sonar. Un joven que ha pasado el primer control sin problemas se planta en medio de la oficina con un arma apuntando al primer empleado que encuentra. De repente, a los gritos del chico que se desgañita ordenando «todo el mundo quieto o me lo cargo», se hace el silencio. Dos teléfonos que suenan son descolgados con delicadeza y dejados sobre la mesa escritorio, pero, pasados los segundos de sorpresa, se suceden los murmullos entre los ocho policías que están en la sala. ¿Cómo ha entrado, cómo ha pasado el arco? Está mal de la cabeza o es un suicida.

—Pero ¿qué haces, tío? ¿Estás loco?

—Sí, ¡muy loco! ¡Y me llevo a quien sea por delante!

A pesar de estar asustado, o precisamente por ello, tiene una apariencia peligrosa. La pistola le tiembla en la mano y esparce partículas de saliva cuando habla. Muestra aspecto de no haber dormido, su cabello enmarañado y la ropa arrugada sugieren una noche difícil buscando la manera de armarse de valor para entrar en la comisaria. En algún momento de esa in-

trépida decisión debió de llegar a pensar que podía salir bien, pero, segundo a segundo, va perdiendo fuelle porque no consigue infundir miedo y eso se evidencia en las miradas de quienes lo rodean.

El sargento Serra, el de más rango en la sala, ha reconocido al Chino, un drogadicto del barrio al que hacía tiempo que no veía. Le pregunta qué quiere con una condescendencia digna de un padre al que su hijo adolescente le pide dinero para salir el fin de semana.

—¡Soltad a mi colega ya o no respondo, hijos de puta!

Mientras habla, encañona al administrativo y le presiona la pistola contra la nuca.

Al moverse a un lado, da la espalda a la puerta por donde Héctor Silva acaba de entrar muy lentamente. El sargento viste de paisano y ha reconocido al atacante ya que, durante cuatro años, trabajó en esa comisaria. Sabe que no es peligroso, observa que no está con el mono y conjetura que, si el arma no ha hecho saltar la alarma en el arco de control, debe de ser porque no es de metal, sino falsa. Se adelanta y con dos zancadas llega junto al Chino, distraído en ese momento por las explicaciones que le está dando el oficial Serra sobre el colega al que con tanto desespero intenta liberar.

—¡Qué pasa, tío! —dice mientras le pasa el brazo por el cuello en lo que parece un saludo. El chico intenta girarse, pero Héctor Silva ya le está aplicando una llave y, antes de que se dé cuenta, está inmovilizado en el suelo gritando su impotencia.

El joven, derrotado, se deja conducir a la celda llorando. Es tan patético que ninguno de los presentes se molesta en reprenderlo ni en burlarse. Cada uno vuelve a su trabajo y, en cuanto cuelgan los teléfonos, se reanudan las llamadas y retorna el murmullo en un intento de olvidar lo que acaba de ocurrir. Todos saben que asaltar una comisaría no es posible y nadie quiere que se pueda creer lo contrario.



El sargento Serra llama a su homólogo a su oficina haciendo un gesto con el brazo. Mientras camina hacia él, recibe algunas palmadas en la espalda de los antiguos camaradas.

Le sigue su compañero de equipo, el caporal Jordi Novella, que acaba de incorporarse al grupo. Muy joven, pero no parece un novato. Es eficiente y silencioso, dos cualidades que le gustaron a Héctor desde el primer momento. Hacen buen tándem.

Serra saluda efusivamente al sargento Silva. Habían trabajado muy bien juntos hasta que el entonces caporal pasó a formar parte de la División de Investigación Criminal con categoría de sargento. Él mismo lo propuso para ese puesto y le animó a que opositara para el cargo dada la calidad profesional del policía. Este le presenta a su compañero.

—Sentaos. ¿Cómo te va la vida?

—Bien, gracias. Ya me gustaría pasarme más a veros, pero, desde que estoy en Sabadell, tengo menos tiempo, ya sabes.

—Claro, me imagino. ¿Tu niña bien?

—Todo bien, gracias.

Por unos momentos, el sargento Silva siente nostalgia del tiempo que pasó allí. Observa que la silla giratoria de Serra sigue siendo la misma y, por momentos, parece que se vaya a desmontar. Ha añadido unas plantas al pequeño despacho del que fue su jefe y ahora resulta algo más acogedor.

—Tengo preparado el expediente que me pedisteis. Morella estaba llevando el caso, así que, ante cualquier duda, podéis preguntarle a él.

—Gracias, Serra.

—Resulta curioso. Este caso parecía un ajuste de cuentas de algún sicario, aunque no encontramos constancia de móvil alguno que lo justificara.

—Pues ahora me temo que va tomando forma. Ya he recogido otros expedientes de Cornellá y del distrito uno con las mismas características. Acaba de producirse otro asesinato de una serie que podría continuar.

—Hostias, ¿los muertos anteriores también habían sido denunciados por violencia de género?

—Sí, ese es el nexo, de momento. Habrá que encontrar cuál es el motivo.

—Pues ahora entiendo que lo llevéis desde Egara. Tenéis más medios, desde luego.

—Y, sobre todo, va a ser un caso muy mediático. Tendremos que prepararnos para la presión de la opinión pública.

El sargento abre el cajón, saca el expediente que han venido a buscar y se lo entrega a Novella.

—Os deseo suerte, vais a necesitarla.

—Gracias, señor— dice Novella.

—Gracias, amigo —se despide Silva—. Te sigo debiendo una copa, me paso cuando pueda.



Capítulo 3

Julia esta al volante de su Opel Corsa blanco. Siempre le pareció algo soso, pero, ahora que lo utiliza para hacer seguimientos, le resulta perfecto para pasar desapercibida. Ha tenido que madrugar mucho para llegar antes que el hombre al que vigila.

Estaciona en una calle de doble dirección y se dispone a tomar el café que lleva preparado en un termo. Son poco más de las seis y media de la mañana, pero ya empieza el movimiento de vehículos en el polígono industrial donde se encuentra. Tiene el parasol bajado y no lleva la peluca, pero se ha recogido el cabello bajo una gorra con visera. Demasiado pronto para ponerse las gafas de sol, no quiere parecer sospechosa. Es abril y aún falta una hora para que amanezca completamente, dentro del coche apenas se la distingue aún y en ello confía para no ser reconocida.

A las seis cuarenta y cinco, una furgoneta azul se cruza con ella en dirección a una gran nave con nombre extranjero. Anota en una libreta la hora bajo dos horarios más que son idénticos.

—Al menos eres puntual, cabrón —dice en voz alta.

Cuando la furgoneta se ha perdido de vista, arranca el coche y se aleja de allí. Regresará por la tarde para comprobar si es puntual a la salida del trabajo.

Una vez en casa, organiza otro tablero. Para ello utiliza documentos que saca de un expediente: datos de residencia, señas del trabajo y denuncias por maltrato a su mujer, que organiza metódicamente para poder verlos de una ojeada. Después añade una planilla donde ya tiene impresos horarios de entrada y salida, tanto de la casa como del trabajo, y que ha rellenado con los datos obtenidos del seguimiento de esos días. Las chinchetas de colores vuelven a decorar el centro del corcho.

Recupera su teléfono del fondo del cajón y se cambia para ir al gimnasio. A excepción de los días que ha de hacer seguimiento, no falla ni una mañana. En el ejercicio ha encontrado la vía de escape que necesita al tiempo que se pone en forma.

Al cerrar la puerta, se encuentra con el vecino de enfrente, que también sale en ese momento. Julia sospecha que se hace el encontradizo, no es la primera vez que el joven intenta entablar conversación. De ser así, valora que madrugue tanto, pero ni le interesa el joven ni está en condiciones de hacer amigos. Escueta, aunque amable, se deshace de él en cuanto puede y al salir a la calle aprieta el paso.

De camino al gimnasio, que está a cuatro manzanas, piensa en el desgarbado chico que tiene por vecino. No sabe nada de él, pero sí que se pasa el día en casa, que huele a sudor y cerveza y que probablemente vive solo, aunque algunas veces ha visto salir o entrar algún otro joven como él, poco agraciado, con camisetas friquis y peinado hacia adelante como si quisieran taparse la cara y pasar desapercibidos por razones distintas a las de ella, especula.

Una llamada la saca de sus reflexiones. Es su hermana Marina; necesita que al día siguiente se encargue de la tienda mientras ella hace gestiones. Se compromete a abrir después de un asunto previsto a primerísima hora.

La Pompa se encuentra en pleno casco antiguo de la ciudad, muy cerca de la plaza Sant Felip Neri. Techos altos y decoración industrial. Diáfana, de unos veinte metros cuadrados, con largos mostradores donde se exponen jabones artesanales de múltiples aromas. Una fiesta olfativa para

quien la visita. Detrás de esa zona se encuentra otra más pequeña donde Marina, la copropietaria y hermana de Julia, elabora muchos de esos delicados jabones.

La tienda no es muy productiva. Por suerte, el local es de su propiedad y ambas, viudas, viven de sus pensiones. Los beneficios son un buen complemento y, sobre todo, el local se ha convertido en la coartada perfecta para Julia.

Un biombo colocado estratégicamente en el fondo de la tienda disimula la escalera de caracol que conduce a la zona privada. Es un sótano que conserva un muro de piedra de la época medieval, como muchos de los edificios de esa zona, y que está acondicionado como una amplia sala de estar con todo lo necesario para acoger reuniones o descansar.

Durante un tiempo le sirvió de refugio a Julia, que dormía en el sofá y se negaba a salir de esas cuatro paredes. No podía volver a la casa que había compartido con sus hijos. Solo quería meterse en un cajón y desaparecer de la faz de la tierra. Hasta que Marina, con paciencia, la fue convenciendo de que necesitaba salir de esa reclusión, la acompañó hasta encontrar un piso cerca de la tienda, algo crucial para convencerla, y la ayudó a trasladar sus cosas, que se amontonaban en el sótano.

El sábado, de vuelta de su seguimiento y comprobado que el tipo no va a trabajar, Julia abre la tienda antes de que llegue su hermana. Sube la persiana, desconecta la alarma y recoge las cartas que han depositado bajo la puerta. Antes de poder abrirlas aparece Marina dando los buenos días. No es muy alta, tiene un algo que hace que su presencia no pase inadvertida, se mueve de forma ágil y dinámica y Julia se deja contagiar por su sonrisa.

—¿Has tomado café? —pregunta dirigiéndose hacia el fondo de la sala.

—¡Un litro! —responde Julia.

—Pues yo necesito uno urgentemente. Acompáñame, anda, que todavía no son las nueve.

Al poco de marcharse Marina, Julia se encarga de atender a los primeros visitantes, un par de extranjeros que acaban de entrar atraídos por la agradable fragancia de la tienda.

Esa es la peor parte para ella, no le gusta mucho hablar y menos tener que insistir. Por suerte, los jabones se venden solos, su inglés es mejor que el de su hermana y Marina confía en ella, sobre todo los fines de semana, cuando hay más afluencia de turistas.



Capítulo 4

La División de Investigación Criminal se ubica en el Complex Central Egara. Es el organismo central de los *Mossos d'esquadra*. En sus diferentes áreas se centralizan los casos más importantes y graves que se dan en Cataluña: crimen organizado, tráfico de personas, estupefacientes, falsificación de moneda, blanqueo de capitales y un largo etcétera.

El subinspector Agustí Casanovas, jefe de la unidad del área de investigación de personas, ha tomado las riendas del caso del asesino en serie de maltratadores. Está terminando de organizar el futuro grupo y cuenta con el sargento Héctor Silva como instructor de la investigación.

Silva y Novella regresan a la unidad y se presentan en su despacho.

—¿Ya los tienes? —pregunta refiriéndose a los expedientes que traen desde Barcelona.

—Sí señor, los he ojeado por el camino y no hay duda de que se trata del mismo asesino.

—Bien, ¿qué habéis pensado? ¿Os basta con un *mosso* en el equipo?

—Si es posible, necesitaría otra persona más, vamos a tener que estar moviéndonos mucho y me temo que el trabajo aumente.

—Estamos hablando de un equipo de cuatro.

—Sí, nosotros dos y dos *mossos* de refuerzo.

—De acuerdo. Os quiero a los cuatro a tope, plena dedicación y exclusividad.

El subinspector les pasa un expediente. Se trata del último homicidio y hay que informar a su mujer, que lleva tres días ingresada en el Hospital Clínico a causa de la última paliza en la que se ensañó como nunca. Les da instrucciones para que la interroguen y, si es el caso, poder descartarla como sospechosa de la muerte de su marido.

—He mandado llamar al especialista en perfiles, llegará mañana por la tarde. Ni que decir tiene que se ha convertido en un asunto de máximo interés, pronto empezará a hacerse eco la prensa. Tenemos que poder dar respuestas lo antes posible, así que, sobre todo, mucha discreción.

Al salir del despacho, ambos policías comentan el estado de ánimo de su jefe. Por lo general no se muestra tan colaborador y se alegran de contar con dos apoyos más para el equipo.

Agustí Casanovas no es un hombre fácil. Lleva muy mal que le contradigan. Su genio vivo le ha llevado a más de un expediente sancionador durante su carrera. Desde su ascenso a subinspector está en una posición más cómoda, pero, a pesar de ello, mantiene una actitud adusta, como si estuviera enfadado con el mundo entero. Ronda los sesenta y ha engordado desde su divorcio a base de alimentarse de comida preparada y tapas en los bares. No ha cocinado en su vida. El divorcio que hace dos años le pidió su mujer, harta de su machismo, tampoco ayuda a templar su temperamento. Todos confían en que se jubile pronto, aunque temen que, ahora que solo le queda su trabajo, no esté por la labor.

Por la mañana, el sargento y el caporal quedan en la cafetería del hospital y suben directamente a la planta cuarta donde se identifican a la super-



visora de la unidad. Necesitan conocer más detalles del origen y alcance de las heridas que sufre la mujer a la que van a interrogar.

En el informe consta una sospechosa caída por las escaleras que le ha causado la rotura de dos costillas y hematomas en media cara. No han podido sonsacarle nada más ni ha querido acusar a su marido. Los datos que tienen son gracias a la primera actuación policial, cuando el hospital activó el protocolo. Además, consta una denuncia anterior de cuando, a requerimiento de una vecina, la policía intervino por una discusión familiar. En esa ocasión sí firmó la denuncia, pero no hubo ninguna actuación posterior por parte de la administración para ayudarla.

La supervisora piensa que la visita de la policía es para recabar más información, pero los *mossos* la ponen al corriente sobre la muerte del marido. Ella hace un gesto, mezcla de impotencia y conmiseración, y los acompaña hasta la habitación individual donde descansa la mujer.

Amelia González yace con una quietud extraña. Tiene la mirada perdida y se la ve exhausta, tumbada sobre la cama y cubierta con las sábanas blancas que caen sobre ella de forma desordenada. Ni siquiera se mueve cuando entran en la habitación. La enfermera la avisa con delicadeza de que la policía tiene que hablar con ella.

—¿Necesitan que me quede? —pregunta.

—No, gracias, supervisora, mejor hablamos en privado.

La mujer sale y dirige una mirada a Amelia, que ha movido ligeramente la cabeza para ver de qué se trata.

—Señora González, soy el sargento Silva y él es mi compañero, el cabo-ral Novella. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, tranquila, apenas duele...

—Señora González, la han informado de que puede usted denunciar a su marido, ¿verdad?

Silva la observa intentando descubrir cuáles son sus sentimientos.

—¿Para qué, de qué serviría? —responde la mujer con desgana.

—¿Le tiene usted aprecio? —pregunta Novella casi como un susurro.

Una media sonrisa asoma en la boca de Amelia mientras niega con la cabeza.

Después de algunas preguntas protocolarias, el sargento se decide a informarla.

—Me temo que traemos malas noticias, señora. Su marido ha fallecido.

Por primera vez, Amelia González muestra un interés repentino por su visita. Los *mossos* observan cómo la noticia le llega a la mujer de forma sorpresiva. Reciben esa incredulidad serena que les impresiona casi más que si se hubiera puesto a llorar. Tras unos momentos de silencio, el sargento concreta la información y le explica que se trata de una muerte violenta.

—¿Están seguros? ¿Seguro que es mi marido?

—Sí, señora, nos hemos cerciorado antes de venir a verla.

Amelia les prodiga una sonrisa placentera antes de añadir:

—Bendito sea Dios. No puedo creerlo.

El sargento se prepara para hacerle la pregunta y Novella abre la pequeña libreta donde toma notas.

—Señora González, dadas las circunstancias de la muerte, tenemos que hacerle unas preguntas que esperamos comprenda. ¿Encargó usted a alguien la muerte de su marido?

—Sí —responde ella con una amplia sonrisa.

Novella anota la asombrosa respuesta en la libreta.